

El autor al lector

La identificación entre el indisputable progreso técnico y el progreso moral entendido como sometimiento de las pasiones al imperio de la razón es una de las confusiones más funestas de la modernidad. Se puede aprobar, con Keyserling, la legitimidad de aspirar a un desarrollo integral del hombre a través de la razón; pero la razón no está autorizada a utilizar la noción de progreso más que en los dominios en los que es posible una evolución progresiva. La moral, el bien común y la belleza no pertenecen a esos dominios.

El sueño de la razón productivista nos hizo creer que el desarrollo sin freno ni límite de la tecnociencia nos haría más cabales, más justos, más *humanos*. Basta comprobar la frecuencia con la que se esgrime que algunos horrores cotidianos son inaceptables en el siglo XXI para darnos cuenta de la persistencia del mito del progreso. Sin embargo, la crueldad, la sevicia y la estupidez se han mostrado perfectamente compatibles con nuestro estadio de desarrollo material. La imparable automatización, la lucha sin cuartel contra la naturaleza y la cultura del dinero han perfilado una civilización que tras la última catástrofe no titubea en ir siempre más allá. Esta civilización de la irresponsabilidad, del pensamiento binario y de la pérdida de la experiencia es la civilización de la máquina.

El continuo perfeccionamiento de estructuras técnicas altamente complejas entraña una comprensión del mundo y un modelo de relación interpersonal profundamente dependientes de artefactos y máquinas que merman la experiencia directa. En nombre de la eficacia y de la máxima racionalidad nos hemos convertido en servidores de nuestros inventos.

Esta posición de dependencia no debe ser interpretada, en ningún caso, como una apología del determinismo tecnológico, el abismo subyacente en la obra de Marx. Ya Montesquieu advirtió de que «aquellos que dijeron que una fatalidad ciega produjo todos los efectos que vemos en este mundo proclamaron un gran absurdo». En nuestros días, el condicionamiento técnico que impregna todas las esferas de la existencia (intelectual, sensitiva, emocional) aspira a independizarse de la voluntad humana aunque, en última instancia, esa independencia sea quimérica.

Ninguna máquina en particular ni ningún aspecto específico de la técnica es responsable de esta situación. Se trata de una compleja interrelación del hombre con sus creaciones que fabrica individuos cuya existencia depende de procesos que ni controlan ni comprenden.

De igual forma que debemos excluir las tesis del determinismo tecnológico, no podemos abonar la idea de la neutralidad. La tecnología no es neutra ni lo será nunca: suministra una racionalidad y un método propios que configuran nuestra conciencia del mundo y de nosotros mismos. La ingenuidad con la que los teóricos del movimiento obrero se entregaron a las fantasías sobre el poder liberador de la máquina pasó por alto que la opresión ejercida por un periodo tecnológico dado está en relación directa con su grado de desarrollo. Todo aumento significativo de la eficacia torna más compleja

la estructura técnica y obliga a una compartimentación superior de las tareas. Por tanto, la sofisticación de un sistema técnico acarrea necesariamente un incremento de la burocracia y de la división del trabajo. Las consecuencias más evidentes de este proceso son la verticalización laboral y la jerarquización de las relaciones, es decir, la concentración del poder.

* * *

Amén de bloquear la visión global de la sociedad y de condenarnos al corto plazo, el gigantismo tecnológico ha condicionado a tal extremo nuestra visión del mundo que apenas somos capaces de imaginar una existencia que no sea esta carrera sin descanso jaleada por el pragmatismo, la búsqueda de beneficios, la procura de una felicidad opulenta y la supresión de los límites. La vida se ha convertido en una fuga hacia ninguna parte. En esa deriva, nos mantenemos frenéticamente ocupados con trabajos que castigan con saña los sentidos, saturados de imbecilidades que impiden una conciencia lúcida de nuestra existencia.

No resulta difícil imaginar que un modo de vida como este no solo es incompatible con cualquier noción de libertad, sino que constituye un sistema de alienación.

Cuando se entra en un banco se ven de treinta a cuarenta muchachas que desde la salida del sol hasta una hora avanzada de la tarde escriben cifras en la máquina. ¡Hay que ver! ¡Que se haya hecho la historia hasta el día de hoy para acabar así! Si a un destino semejante se le llama vida, entonces la vida carece de todo sentido. Todo lo que organizamos hoy en las grandes ciudades es absolutamente inútil y carente de sentido.

He aquí, escrito por Cioran, un resumen ejemplar del progreso.

En la introducción de su educativo estudio sobre la historia criminal del cristianismo, el historiador alemán Karlheinz Deschner reflexionaba sobre la muy extendida opinión de que criticar es fácil; al menos eso afirman los que por «oportunismo, indolencia o por incapacidad jamás se atrevieron a criticar nada en serio». No faltan los que piensan que criticar es una actividad vil,

[...] especialmente cuando son ellos los criticados, aunque esto no lo confesarán nunca. Muy por el contrario, afirman siempre que no tienen nada contra la crítica, que todas las críticas son bien recibidas, pero, eso sí, siempre y cuando sean críticas positivas, constructivas, y no negativas y deletéreas. Entendiéndose que la crítica negativa es aquella que no profundiza demasiado, en el fondo, están de acuerdo con nosotros. En cambio, juzgan *negativo, estéril, condenable* el ataque que apunta a los fundamentos con intención de destruirlos. Cuanto más convincente sea dicho ataque más se expondrá su autor a verse denigrado... o silenciado.

En consecuencia, avanzo ya, amable lector, que no tengo la menor intención de elaborar una crítica *constructiva o positiva*; y pretendo aún menos ofrecer *alternativas o soluciones* prácticas. Quien desee *alternativas* debe dirigirse a quien las dispensa: banqueros, presidentes de Gobierno, burócratas, políticos de cualquier partido, ejecutivos de corporaciones, formadores de opinión, bufones televisivos, traficantes inmobiliarios, ídolos deportivos, crápulas bursátiles, oenegés, dirigentes sindicales, tertulianos, elaboradores de planes pedagógicos, escritores de autoayuda, especialistas en *marketing*, cantantes de moda, *vedettes* intelectuales, gerentes de toda laya, ingenieros informáticos, astrólogos, vendedores de autos, autoridades eclesiásticas de cualquier credo y demás administradores de la muerte cotidiana.

Me gustaría dejar claro que en un mundo sin escapatoria, como el mundo fue y será siempre, nadie, sin excepción, podría sobrevivir sin un mínimo grado de asimilación. ¿Quién, en una sociedad que condiciona la supervivencia a una adaptación mecánica extrema, podría mantenerse al margen de ese condicionamiento técnico? ¿Cuál sería la procedencia de esa autonomía personal, si todo nuestro universo cotidiano está poblado de artefactos de cuyo funcionamiento lo ignoramos todo y sin los cuales nuestra existencia biológica sería inviable?

Por tanto, catalogar de incoherentes a quienes se valen de la técnica que deploran y a los que condenan su realidad por el simple hecho de vivir en ella es un ejercicio hueco y tendencioso que encubre la ausencia de verdaderos argumentos, que con frecuencia acaba abandonando el campo de la crítica para desaguar en histéricos ataques *ad hominem*. «Se pueden desear tiempos mejores —decía Montaigne—, pero no escapar de los presentes».

Un mínimo grado de adecuación de los individuos a la cultura de su época es un requisito elemental sin el cual la sociedad se desintegraría en pedazos; pero eso no implica necesariamente una aceptación servil de lo dado, ni una reconciliación con el mundo. Nuestra tradición exige, por el contrario, un permanente estado de vigilia crítica con respecto a nuestras acciones y nuestras instituciones. Lo que constituye un vicio devastador para la vida colectiva no es la crítica feroz e implacable, sino su ausencia; instalarse en un sopor desmovilizador, forjar nuestras acciones en la banalidad y en la estupidez, disolver el concepto de límite en pro de ridículas hazañas técnicas, pasar por encima de toda sensatez con el propósito de acumular artefactos que solo sirven para ser vendidos o desterrar la belleza y hacer del mundo una Cámara de los Horrores. No hace tanto tiempo, los literatos

inducían a sus personajes a vender el alma al diablo, acuciados por razones trascendentes como la inmortalidad o la gloria; hoy somos más prosaicos y la vendemos únicamente por dinero; pero, como en el cuento de Stevenson, no deberíamos olvidar que junto con la botella viene el diablo, y este siempre exige su parte.

En *Un descenso al Maelstrom*, uno de los maravillosos relatos de Edgar Alan Poe que dan título a las partes de este ensayo, un remolino pavoroso procedente de algún confín absorbe a su paso todo aquello que encuentra en su camino. Esa «curva mortal que apunta al abismo o saca a la superficie» es una metáfora de nuestro tiempo. «Modelo de una amenaza —escribe Ernst Jünger— que en medio de la creciente turbulencia, forma parte de nuestra experiencia cotidiana. La salvación se siente como algo milagroso, pero la reflexión lúcida contribuye a ella». He ahí donde reside, en definitiva, toda la cuestión social: recuperar la reflexión lúcida. Observemos más de cerca todo lo que hoy la impide.